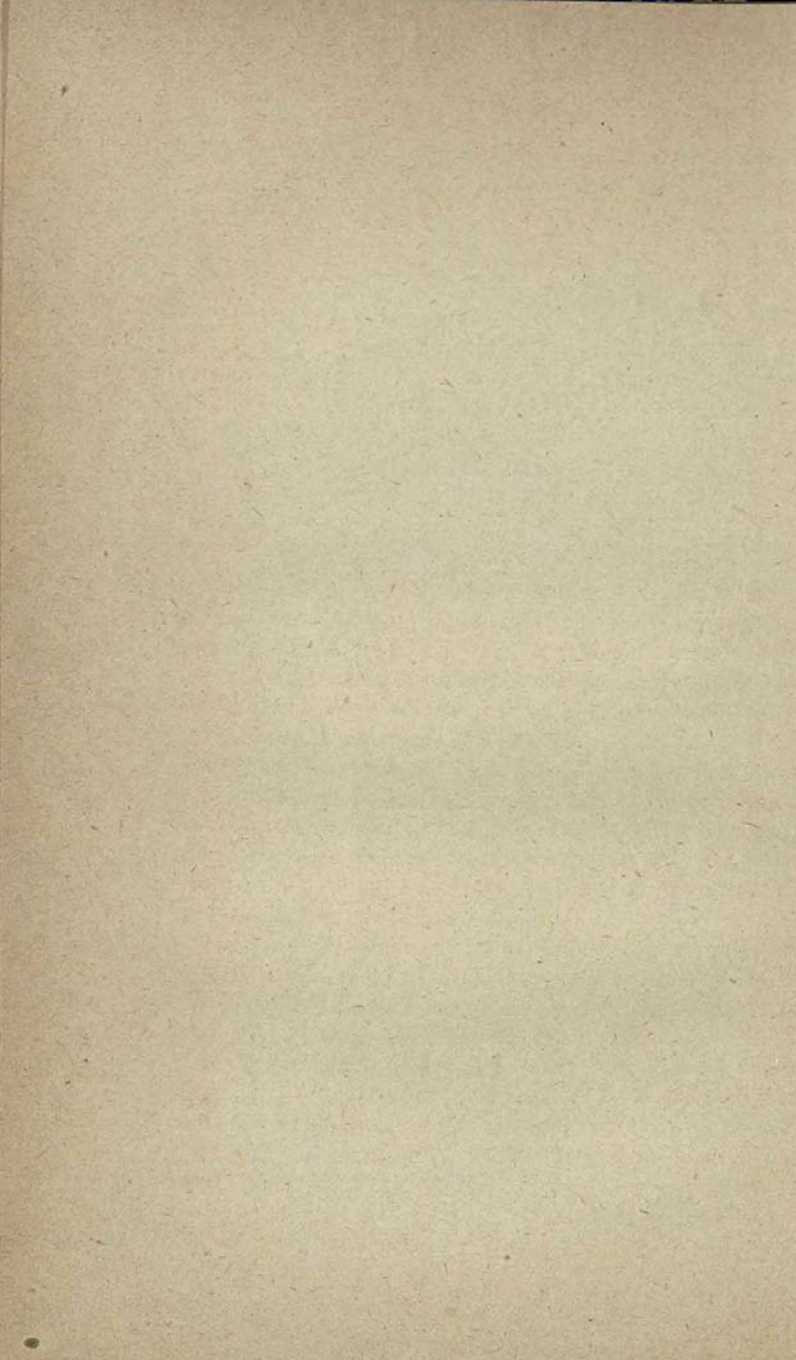


ROMEO Y JULIETA.



PRÓLOGO.

La historia de los desgraciados amores de Romeo y Julieta era ya popular en la época de Shakespeare. Prescindiendo de tradiciones é historias, que indudablemente tienen analogía con estos sucesos, ya en 1535 publicó en Italia Luigi da Porto la primera edición de su *Istoria novellamente ritrovata di dui nobili amanti, con la loro pietosa morte intervenuta nella città di Verona nel tempo del Signor Bartolomeo della Scalla*; y en 1554, Bandello publicó *La sfortunata morte di due infelicissimi amanti, che l'uno di veleno, e l'altro di dolore morirono, con varii accidenti*. En 1562 apareció en Inglaterra un poema escrito por Ar (thur) Br (ooke) intitulado *The Tragicall Historye of Romeus and Juliet, written first in Italian by Bandell*; y en 1567, entre la colección de Novelas publicadas por Painter en el *Palace of Pleasure*, apareció una intitulada *The goodly hystory of the true and constant loue between Rhomeo and Julietta, the one of whom died of poyson and the other of sorrow and heaviness, wherein be comprysed many adventures of loue and other deuises touchinge the same*. En Francia, antes de esta época, Boisteau había publicado, tomándola del italiano, su *Histoire de deux amans, dont l'un mourut de venin, l'au-*

tre de tristesse, historia que parece sirvió de texto á Brooke para su poema, y de donde, según Dyce, tomó Shakespeare los principales incidentes para su drama; pero es probable que, además, tuviera el inmortal autor á la vista una tragedia sobre este mismo asunto, que se representó con éxito en Londres antes de 1562.

En oscuros rincones de bibliotecas yacerían hoy por completo olvidados estos libros, y pocos en la actualidad sabrían quiénes eran los infelices amantes de Verona, si el genio creador de Shakespeare no les hubiera inspirado literaria inmortalidad.

Parece en extremo probable que el insigne poeta prestó al perfeccionamiento de esta grandiosa tragedia mayor atención y trabajo de lo que acostumbraba conceder á sus obras; pues, según la opinión de los más autorizados críticos, Shakespeare debió comenzar el *Romeo y Julieta* en 1591, aunque la primera edición de este drama no apareciese hasta 1597. Publicóse la segunda en 1599; y, al comparar entrambos textos entre sí, llama la atención el cúmulo de correcciones hechas por el autor, lo cual induce á la creencia de que grandes también debieron ser las que haría durante los seis años que permanació su obra manuscrita.

En esta tragedia, donde no se sabe qué admirar más, si la perfecta coordinación de la trama, ó la maravillosa realidad de los caracteres, ó la inagotable vena poética que vivifica el diálogo, se hace gala, no obstante, de ese espíritu culterano que, por lo visto, no sólo se enseñoreó de la literatura española de los tiempos del inmortal Calderón, sino que, extendiéndose por Europa, salvó el Canal de la Mancha, envolviendo en sus caliginosas nieblas la imaginación más vigorosa é independiente y más amante de la naturaleza que se ha conocido jamás. En *Romeo y Julieta*, campea el concepto confuso, la frase rebuscada, la exage-

ración de la antítesis y el retruécano; y esto, á veces unido á lo arcaico del lenguaje, es frecuentísima causa de oscuridad en el texto, y, como fácilmente se comprenderá, de aumento de dificultades para su versión á otra lengua. El constante discreto de Mercucio, sobre todo en sus diálogos con Romeo, quien jamás queda á la zaga de su interlocutor en la respuesta, es verdaderamente intraducible; pero, como cuando se ofrece una traducción de obra de tanta importancia literaria no es justo burlar la confianza del lector suprimiendo trozos importantes por la sola razón de que sea difícil buscar su equivalente en distinto idioma, ni es lícito tampoco salir del atolladero vertiendo con absoluta fidelidad las palabras sin trasladar el verdadero sentido y sin producir, por lo tanto, siquiera imperfectamente, el efecto que produce el original, me he permitido en ciertas ocasiones introducir alguna que otra variación, á fin de no desanimar el diálogo ni desvirtuar en completo el ingenioso tiroteo de la frase ó la pertinacia del equívoco. Siempre, sin embargo, lo he hecho con pena y con la sobriedad que me impone mi profundo respeto hacia el autor; respeto, empero, que por lo mismo que exige lealtad suma, excluye forzosamente todo servilismo. Frases agudas, ideas tiernas y delicadas, imágenes grandiosas, máximas que prueban profunda sabiduría y extraordinario conocimiento del corazón humano, reflexiones eminentemente filosóficas y de elevada moral medran en este drama con tal lozanía y abundancia, que fuera tan difícil tarea coleccionarlas, como reunir en un solo ramillete las flores que ostenta en mayo un hermoso y cultivado jardín.

Los personajes se fijan en el recuerdo tan indeleblemente como las personas que hemos conocido en el mundo; tienen verdadero relieve moral; son, en realidad, esculturas ideales animadas con el hálito vital que constantemente fluye de la creadora pluma de Shakespeare. Romeo se

presenta desde luego como un sér apasionado y soñador, y su exquisita sensibilidad, casi mujeril, nos disgustara acaso si al propio tiempo no apareciese como joven tan valiente y tan discreto, tan bondadoso y tan noble, que cautiva las simpatías de todos los que lo rodean, excepto las del furioso Teobaldo y las de Paris, su rival, á quienes se ve inducido á matar casi á su despecho. Ni una queja lanza contra sus contrarios en medio de sus tribulaciones; ni un reproche se escapa de sus labios, ni aun cuando Baltasar le responde que no trae la ansiadísima carta que le había prometido su amigo Fray Lorenzo. Halla excusas para paliar la criminal sordidez del hambriento boticario que le vende el veneno con que ha de suicidarse, y sólo á su destino inculpa por las desventuras que lo persiguen, reconociendo, con el recto instinto de la conciencia, que va arrastrado hacia su desgraciadísimo fin casi exclusivamente por la incontrastable fuerza de su apasionado y ciego entusiasmo. Julieta, ardientemente enamorada, candorosa, impulsiva, indócil, atrevida y con voluntad de hierro, que contrasta admirablemente con su inocencia y con su juventud, es el polo opuesto de la igualmente apasionada pero dulce y obediente Ofelia; mas, á pesar de ser su antítesis, es tipo de mujer igualmente real é igualmente encantador que la infeliz víctima del sombrío escepticismo de Hámlet. De la unión de dos almas como las de Romeo y Julieta, fácil es predecir que ocurrirá lo que «con la pólvora y el fuego al besarse,» y que su contrariado amor ha de producir necesariamente una cruel tragedia.

Fray Lorenzo es el sábio, el benévolo, el transigente, el que, sin tenerlas, conoce las debilidades humanas y las comprende y disimula. El que cree tener, en el inagotable tesoro de su gran bondad, remedio eficaz para los ajenos males, como cree que los hay para todas las enfermedades en el campo; pero que se equivoca, como suele acontecer

con seres tan bon dadosos, por causa de ese mismo afán de querer suavizar todas las asperezas de la vida.

Mercucio, á quien, según un crítico ocurrente, Shakespeare mató en el tercer acto de su drama para que Mercucio no lo matara á él, es el tipo del calavera de buena ley, pendenciero, pero amigo de sus amigos, mal hablado, decididor, eterno jugador del vocablo, «que charla más en un minuto de lo que escucha en un mes;» tan burlón, que ni á sí mismo perdona, ni cesa de embromar aun en el instante de su muerte.

Capuleto es el viejo irascible y violento, pero á la par caprichoso y tornátil; que no quiere escuchar la proposición de Paris de casarse con su hija, é inmediatamente después lo acepta como yerno; que pide su «ancha espada» para matar á su mortal enemigo Montesco, y luego se enoja con su sobrino por respetos hacia el hijo de su adversario, introducido subrepticamente en su festín; que desea verificar sin aparato la boda de su hija y en presencia de sólo un par de amigos, y luego encarga veinte cocineros para preparar la cena nupcial, y que, por último, trata á la infeliz Julieta, al verse desobedecido, con dureza verdaderamente brutal, y luego se desespera al verla cadáver.

Teobaldo, discolo, altanero, vengativo y duelista; Benvolio, prudente y conciliador, al par que animoso; el Ama, interesada, necia, impudente y servil, pronta para terciar en cualquiera relación amorosa de la niña á quien crió y á quien quiere entrañablemente á su manera; la Señora de Capuleto, tan temerosa de su marido, que jamás se atreve á contradecirle abiertamente, pero que ostenta, á raíz de ese temor, pasiones vehementísimas; en fin, todos los personajes de esta tragedia, incluso los criados y los que apenas dicen cuatro palabras, sin excepción siquiera del pobre Músico, á quien disculpa Pedro de su carencia de ingenio para responderle por ser el cantor, tienen tanta individua-

lidad y están dibujados con rasgos tan valientes y tan perfectos como los que trazó Miguel Angel para dar relieve y vida á sus grandiosas figuras.

De la acción de este drama sólo hay que decir, dadas las libertades dramáticas concedidas ó conquistadas en aquella época, que está desenvuelta y llevada á término con perfección absoluta. La trama es sencillísima; las escenas se suceden admirablemente combinadas, y el argumento camina hacia su triste desenlace con tanta unidad de acción y con tal rapidez, precisión y naturalidad, á pesar de dilatarse en cinco largos actos, que ni siquiera un momento decae el interés inspirado desde su principio por esta lindísima tragedia, que, como el oro, no se oxida con el tiempo.
